

Las estrellas son propicias

Jorge Alonso*

Vigo, 03/11/2007 — v1.0

—¡Señor! —gritaba el ministro desde el otro lado de la puerta—. ¡Señor!

Herón se despertó malhumorado. Odiaba mucho que le despertasen de su sueño. Mandaría empalar a ese ministro si es que no tenía una buena excusa para hacerlo.

—¡Qué sucede! —el tono de furia de su grito hizo temblar al ministro, que tragó saliva antes de continuar—. ¿¡Alguna rebelión, alguna guerra!?

—¡Señor, las estrellas son propicias!

Herón se levantó como un rayo de su cálido lecho. ¡Los astros son propicios! Se puso la túnica con bordados en oro, y salió de su cuarto. El ministro tenía un rostro mezcla de ansiedad y miedo, y le acompañaban otros ministros, callados y temerosos. Al verle salir, todos dirigieron su mirada al suelo, como la señal de sumisión que se esperaba de ellos.

—¿¡Habéis hecho los preparativos!?

—Sí, mi señor. Por supuesto, mi señor —contestaron.

Herón avanzó a largos pasos, dirigiéndose hacia la cámara donde iba a tener lugar la ceremonia. Los ministros le seguían con pasos cortos y rápidos, intentando aparentar diligencia.

—¿Quién va a ser?

—El médico real ha elegido a dos jóvenes, sanas y fuertes. Eran dos hijas de campesinos de las regiones del sur.

Herón entró en la cámara ceremonial. En sendas mesas estaban las chicas tumbadas, rodeadas por el médico real y dos atareados ayudantes. A un lado, el fuego ardía, y en el lugar reinaba un penetrante olor a incienso. También se hallaban presentes los astrólogos reales, con sus estrambóticas túnicas, recitando interminablemente los mantras. Por supuesto, todos agacharon sus cabezas, mirando al suelo. Las chicas estaban drogadas y no reaccionaron a su presencia.

—¡Adelante! ¡A qué esperáis! —les instó Herón.

*Mi correo es soidsenatas@yahoo.es, y mi página web es <http://es.geocities.com/soidsenatas/>.

—Con su permiso, Majestad —dijo el médico real con una leve reverencia, mientras tomaba el cuchillo ceremonial.

Herón no se acordaba ya de los rostros de las chicas. Para él, ellas eran prescindibles, simples herramientas para sus propósitos. Sus vidas no valían nada, por lo que si se perdían a nadie le importaría. Sus familias ya habían recibido una compensación monetaria cuando el rey las reclamó para sí.

El médico real rajó el vientre de la primera chica, y sacó el feto real de su interior. La criatura no estaba suficientemente desarrollada, y era muy probable que muriese a lo largo del día. ¡Maldita sea!, se dijo Herón. Quizá haya más suerte con el segundo. Los ayudantes se encargaron del bebé, colmándolo de atenciones, ya que su vida dependía de ello, y sentían la mirada asesina del rey clavarse en sus nucas.

El médico real rajó el vientre de la segunda chica, y sacó el feto real de su interior. La criatura estaba crecida y aparentemente bien desarrollada. El rey sintió la esperanza crecer en su interior. La mirada de disgusto del médico le llenó de decepción: Era una niña.

Herón hizo un gesto, que los demás claramente sabían que significaba que sacrificasen a ese bebé. Los ministros deseaban decir palabras de pésame, pero dudaban de hacerlo por si ello significaba enfurecer más al rey. Éste se retiró a su cuarto, a meditar en soledad. O a emborracharse.

Horas después, otro ministro llamó quedamente a su puerta.

—Adelante.

—Con su permiso, señor —dijo el ministro tras abrir suavemente la puerta, con la mirada fija en el suelo—. Traigo malas noticias, señor —Herón notaba el miedo en su voz—. El niño ha muerto.

El ministro procedió a cerrar la puerta e irse rápidamente de allí, pero sin aparentar prisa.

—Ven, pasa, adelante, entra —ordenó el rey.

Obedeció sin rechistar. Era lo único que podía hacer.

Se quedó allí, plantado, mirando al suelo, algo tembloroso.

—He estado pensando... —dijo Herón. El ministro sintió un escalofrío. Nada bueno podía suceder cuando el rey se ponía a pensar.

—Sí, mi señor.

—He estado pensando —repitió Herón—, que si... Hummm. Veamos —cambió de postura en sus mullidos cojines—. Los astrólogos conocen los astros, el misterioso movimiento de los planetas, su más misteriosa influencia en los hombres. Saben cuándo las estrellas son propias para que el que nazca bajo ellas sea el hombre más poderoso de la tierra, el que conquistará todos los reinos y los unificará bajo un solo estandarte. Pero eso sólo sucede muy raras veces, y es muy cansado y caro tener a tantas mujeres embarazadas dispuestas para que mi hijo nazca en el momento apropiado.

—Sí, mi señor —dijo el ministro, que se sentía muy incómodo allí, escuchando las divagaciones del rey, aterrizado de las posibles conclusiones a las que podría llegar, sin saber qué decir.

—Ése es el problema, que mi hijo primogénito ha de nacer sólo cuando las estrellas sean propicias. Y nunca ocurre que haya una embarazada dispuesta a dar a luz en ese momento. ¿Qué se podría hacer? ¿Qué?

El ministro, dándose cuenta de que el rey esperaba una respuesta suya, dijo azorado:

—No lo sé, mi señor.

—¡Pues ya he encontrado la solución! —gritó el rey, sobresaltando al ministro—. ¡Soy un genio! La clave está en que el niño ha de nacer en una fecha determinada, que sólo es posible conocer con muy poco tiempo de ventaja, y entonces es cuando debe salir del vientre de su madre. O sea: ¡Que es la carne de la madre embarazada la que lo aísla de los influjos de los planetas! ¡Por tanto, hay que dejar que mi hijo nazca pero protegido siempre en su habitación por la carne de madres embarazadas! Manda forrar una habitación entera con la carne de mujeres embarazadas. Mi hijo nacerá y se criará allí dentro, hasta que las estrellas sean propicias, y entonces saldrá de allí dentro y el sol y todos los astros saludarán al futuro rey de todos los confines de la tierra: ¡Mi hijo primogénito!

—Sí, mi señor. Así se hará.

Y el ministro se retiró para hacer cumplir las órdenes del rey pues, ¿quién podría convencerle de que los horóscopos no son mas que burdas supersticiones, y los astrólogos reales nada más que unos vividores sin escrúpulos? Ni él ni nadie iba a intentarlo, pues lo más seguro era que perdiesen la cabeza o las tripas, y mejor

que sean las campesinas quienes sean despellejadas a ellos.